

para hacer resaltar su justicia. Poco á poco su voz se animaba. Una atmósfera de vida rodeaba sus creaciones, y en tanto que la lectura avanzaba y que una á una se doblaban las páginas del manuscrito, extendido en aquella hermosa letra pareja y arcaica que no varió nunca, nosotros vivíamos la vida de sus personajes y bebíamos la emoción de sus versos.

A su conjuro, la estancia, convertida para nosotros en maravillosa Alhambra, se poblaba de visiones: dulces niñas pálidas ó enfermas; mujeres de ensueño de frente pensativa y de olor de reseda ó consumidas por infinitas amarguras; hidalgos de espadín y gola; novias envueltas en diáfanos cendales; seres devorados por el mal de pensar, hermanos de Werther, de Rolla y de Manfredo, y otros, como don Juan, calaveras sin dios, ni rey, ni ley, perdidos en crápulas y excesos; priores de convento; extraños sabios alemanes; emperadores de la China que divagaban con Juan Lanás, el mozo de cordel, con Cenicientilla y con el pobre Juan de Dios..... Hasta las altas torres del palacio encantado subían acordes de serenatas, rumor de furtivos besos, gemir de distantes campanas cuyo eco pasaba sobre húmedos bosques otoñales... Poco á poco en los rincones se iban despertando los duendes dormidos y los personajes de los tenebrosos cuentos infantiles se adivinaban en la sombra:

Flota en ella el pobre Rin Rin Renacuajo,
corre y huye el triste Ratoncito Pérez,
y la entenebrece la forma del trágico
Barba Azul, que mata sus siete mujeres.

En unas distancias enormes é ignotas
de oscuros rincones que el miedo visita,
andan por los prados el Gato con Botas
y el lobo que marcha con Caperucita.

Y ágil caballero, cruzando la selva,
do vibra el ladrido fúnebre de un gozque,
á escape tendido va el Príncipe Rubio
á ver á la Hermosa Durmiente del Bosque...

A las dos, muchas veces á las tres de la madrugada nos retirábamos de casa de Silva, deslumbrados, sintiendo por él la más ingénua y sincera admiración. Silva lo sabía, comparaba nuestro entusiasmo con la frívola ó impertinente indiferencia con que más de una vez fué escuchado, y se mostraba satisfecho de encontrar en nosotros, estudiantes de veinte años, auditorio fiel, según sus deseos.

En alguna ocasión sugerí á Silva que escribiera una novela con argumento netamente bogotano, empleando la técnica moderna: los *Cuentos Negros* se desarrollaban, por lo general, en atmósfera extranjera. Quedó pensativo, se acarició la barba, y me dijo:

— Imposible! Sabes la que acaba de pasarme? Hace unos días tuve la tontería de escribir unas páginas para el *Album del Padre León*, que se publicaron, como viste. En ellas, para marcar el contraste entre Santafé y Bogotá, imagino al Padre León, en tarde de lluvia, cubierto por su inmenso paraguas, bajo un foco de luz eléctrica, á tiempo que pasa el cupé, tirado por una pareja de briosos alazanes, de un ministro del despacho. Y supuse que era ministro el dueño del cupé pues no podía serlo un escribiente de juzgado. Para acentuar más el contraste entre el ayer, representado por el padre León, y el hoy, por el ministro, entre la pobreza del uno y la ostentación del otro, me aventuré á escribir que el ministro se había ganado no sé cuántos miles de libras esterlinas en un negocio con el gobierno. Francamente te confieso que jamás pensé en una señoría de carne y hueso al escribir

mi artículo. Y sabes lo que ha pasado? Que X.X. que es ministro, que tiene coche — aunque no cupé — y que es mi amigo, se ha considerado aludido y me ha quitado el saludo. Creo que él no me haya leído, pero todo mundo ha corrido á donde él con el chisme, lo que es peor. De dónde sacarías los personajes para una novela bogotana, salvo que se trate de *El Alférez Real*, si no miras á tu alrededor, para que tengan vida y se muevan como tú y yo? Novela bogotana, teatro bogotano, imposible! Hay que esperar para ello que Bogotá tenga medio millón de habitantes. Aquí todos nos conocemos.....

POR ésta época, precisamente el 6 de enero de 1892, murió en plena juventud Elvira, la hermana del poeta. Más de una vez he creído luego al azar de mis viajes encontrar su radiosa belleza, en la que triunfaba una incomparable armonía de líneas y de colores, en ciertas vírgenes del Perugino ó en algunos retratos de Lawrence ó de Regnault: pero sólo era fugaz visión que no respondía á la realidad. Su hermosura iba de par con sus condiciones morales: dulzura, viva inteligencia y ésa virtud rara é indefinible, el dón de atraer simpatías, sin la cual la belleza de la mujer aparecerá orgullosa. Ante su ataúd de raso blanco, que á la luz de lámparas y de blandones vi cubierto de camelias y de horquídeas, hubiera podido evocarse la estrofa del poeta:

A florecer las rosas madrugaron
y para envejecerse florecieron:
cuna y sepulcro en un botón hallaron...

Lu muerte de Elvira sumió el hogar del poeta en legítima desesperación, que duró largo tiempo. En ella perdía José Asunción no solo una hermana queridísima, sino un confidente y un amigo, el más noble y generoso, despues de su madre, que en la soledad de su vida, que ya conocemos, él pudiera encontrar, Algún escritor extranjero — cuyo nombre quiero olvidar — que ni conoció á Elvira, ni tal vez a Silva, ni ha estado en Bogotá, para allí documentarse, ha osado afirmar, en escrito que ha levantado polvareda de escándalo, y mostrándose mediano psicólogo, que José Asunción estuvo enamorado de su hermana con amor de pecado. Con qué fundamento crítico? En qué puede basar el escritor su afirmación, que menos mancha al poeta que á su hermana, ya que en éste camino también puede sugerirse que él fué correspondido? Aún suponiendo que el inmaterial *Nocturno* — principal prueba aducida por el articulista — hubiera sido inspirado por la memoria de Elvira y consagrado á su recuerdo, no se puede, en sana crítica, atribuir á quel poema el sentido que se le presta: basta leerlo. Más bien pienso que el *Nocturno* es grito de dolor abstracto, como suelen serlo los de los poetas, cuya inspiración pudo venir á su autor en el trágico estado de alma que siguió á la muerte de su hermana. Aquel poema no puede ser considerado sino como cristalización de un dolor de artista, y á la infinita amargura que lo inspiró, real ó imaginaria, no se le puede poner nombre determinado. La Bashkirtseff, Elvira, otra mujer, nadie, tal vez?..... Facilmente concibo que Silva, que era un artista, admirara la belleza de su hermana: por qué no? Qué ley moral ó qué código de honor puede prohibir al hombre el admirar la hermosura en su hermana, ó en su misma madre? Mas es sacrílego el investigar el origen de

un dolor y el arrojar sobre una tumba no flores sino escoria, como lo ha hecho el escritor en que me ocupo. Pero debemos perdonarlo: él ha incurrido en el pecado de ligereza, lo que merma sus títulos de historiador y de literato.

Permitidme evocar aquí aquel *Nocturno*, con justicia considerado como obra maestra:

Una noche,
una noche toda llena de murmullos,
de perfumes y de músicas de alas;
una noche
en que ardian en la sombra nupcial y húmeda
las luciérnagas fantásticas,
a mi lado lentamente, contra mi ceñida toda,
muda y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atravieza la llanura
caminabas;
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos
esparcía su luz blanca...
Y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban.
Y eran una,
y eran una,
y eran una sola sombra larga...

Esta noche
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonias de la muerte,
separado de tí misma



por el tiempo, por la tumba y la distancia,
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...

Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas...

Senti frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas
entre las blancuras niveas
de las mortuorias sábanas;
era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.

Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola.
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos,
de perfumes y de músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... Oh, las sombras enlazadas!
Oh, las sombras de los cuerpos que se juntan
con las sombras de las almas!
Oh, las sombras que se buscan en las noches
de tristezas y de lágrimas!...

He creído que la mujer ocupó limitado espacio en el alma
de Silva y dudo que hubiera conocido las delicias y las
agonias del amor, y menos de la pasión. Nadie supo que

una mujer determinada hubiera hablado a sus sentidos o a su corazón, ni nadie lo vió en correrías galantes comunes a jóvenes de su edad. Lás imágenes de mujeres que surjian en su imaginación tienen los contornos imprecisos é irreales de Berenice, de Leonora y de Ligeia. Cuando habla de amor, se adivina que éste sentimiento es solo en él un espasmo cerebral ó una exaltación de artista. Más que la mujer y el amor, que en su obra en prosa y en verso vemos mezclados con el análisis, con el sufrimiento y con la muerte, preocupan al poeta la inanidad de vivir, la melancolía del recuerdo, la angustia de lo desconocido, las ficciones que pueblan los sueños de la infancia, lo que dicen las campanas al gemir en el día de difuntos:

las campanas plañideras
que les hablan a los vivos
de los muertos...

Para penetrar el secreto del alma de Silva, faltará á su biógrafo la llave de oro que abriría el cofre de su yo más profundo: unas cartas de amor. Ellas no existen. Silva no las escribió nunca. No tenía á quien escribirlas. El hablaba con sus amadas ideales, Heloísis y Margaritas, Beatrices y Lauras, que habitaban castillos de leyenda situados más allá de la vida, al través de sus versos. Es lástima. Cómo conocer á fondo el alma de Musset, de Chopin, de Hugo, de Liszt, sin las cartas de amor que de ellos nos han quedado? Aquel precioso documento nos habría descifrado el enigma de su alma torturada, más complicada y sutil de lo que pudo sospecharlo don Miguel de Unamuno, docto rector de la Universidad de Salamanca y mediocre prologador de sus versos.



DOS años han pasado. Un día el vacilante edificio de los negocios vino al suelo. Cruzados los brazos, con su madre y su hermana á su lado, Silva quedó frente á la vida. Que hacer?..... Quizás si se hubiera encontrado solo, habria adelantado en esos trágicos momentos la hora de su muerte: pero él tenia que luchar por los suyos.

Cabe aquí apuntar que desde su altanero y aristocrático concepto de la vida, Silva, agitándose en dificultades monetarias, continuaba dando buena parte de vugaridad al éxito monetario, quizás por ser él con frecuencia accesible a espíritus mediocres, y por las abdicaciones que él suele implicar. De otro lado, su genio de poeta y el íntimo convencimiento de la irremediable vanidad de todas las cosas, lo conducían a la inacción, a una abstención no exenta de desprecio en la lucha general por alcanzar honores y dinero. En tanto que lo otros se precipitaban al *buffet* abriéndose paso con los codos, él permanecía alejado discretamente. No era éste el mejor medio de resolver el apremiante problema que le sometía la vida. Las grandes afirmaciones de fé, de justicia, de ideas y hechos trascendentales, se planteaban para él en el vacío, a la manera de barcos que se sostienen en el agua. Su moral, en cambio se asentaba sobre dos sólidos cimientos: el honor y el arte. Para él una bajeza era no solamente una falta, sino un pecado contra la estética. Él habria podido hacer suya la frase de Barrès: „El hombre ha nacido para vivir en la admiración de cosas elevadas”.

Entre tanto era preciso vivir. Ocurrió entonces lo que fatalmente tenía que suceder. Sus ojos se volvieron hacia el gobierno, dispensador omnipotente de toda vida en países como el nuestro. Se le ofreció un empleo diplomático, con mediano sueldo. Silva siguió á Caracas como secretario de

legación. Lejos de mí el formular vanas críticas; pero al pensar en lo que sería hoy su obra literaria si entonces se le hubiera asegurado, como con tantos otros se hacía, un poco de tranquilidad en un medio europeo, vuelven á mi memoria las más tristes palabras que puedan pronunciar humanos labios: pudo haber sido! Cierto es que Silva no era hombre político, y pocos preveían entonces que su nombre habría de dar un día lustre á su patria.

No obstante su carácter íntimo creo pertinente reproducir la carta que Silva me dirigió de Caracas: no existe detalle ocioso cuando se ensaya de hacer luz en la vida de quien ya entró á la historia y de fijar sus ideas, sobretudo en tratándose de uno de los raros documentos epistolares que se posean de Silva:

Caracas, 11 noviembre 1894.

Mi viejo Emile:

El Heraldo me ha dado noticia de tu instalación como corredor y me ha hecho ver que no duermes en la cacería al real, como dicen aquí. Voy por ésta á poner en juego tu no desmentida actividad y tu cariño por mí en un asunto de tu oficio de hoy, y como *time is money*, al grano...

Como lo habrás comprendido, se trata de la conversión de mis sueldos, que al reducirlos á oro al 300, quedan reducidos á una cosa exigua y que de éste modo se aumentarán. Inútil creo encarecerte, mi viejo Emile, sabiendo el interés que tienes por mí, que trates de conseguirme esa moneda lo más barata que se pueda. Cada real que me economices en la compra será un real para encargarme á Europa libros y revistas con qué *bestializarme*, y para apurar la publicación de los CUENTOS NEGROS y de EL LIBRO DE VERSOS, en los cuales estoy trabajando con todas mis fuerzas.

Cuatro palabras sobre mi vida aquí. Teníamos razón, viejo, en nuestras charlas de los paseos á San Diego. El primer deber de un

hombre que aspire á algo, es salirse de entre el papel-moneda, la política y el mal humor colombiano. No cejes en tu empresa de dejar la tierra.

Aquí me han recibido como no merezco; no sé cómo hacer para devolver atenciones y bondades y fiestas. El país va bien, rebosa de oro, tiene el sentimiento del arte y adora la buena literatura. En Bogotá hay muchos que créen lo contrario en lo referente á los dos últimos puntos; pues bien, están equivocados de medio á medio.

Por uno de estos correos próximos te escribiré contándote muchas cosas que te interesarán grandemente. Hoy solo me queda tiempo para suplicarte que saludes cariñosamente en mi nombre á tu madre (c.p.b.), que le digas que confío en que irá frecuentemente á ver á Vicentica¹⁾ y á Julia. Dos buenos abrazos á Ravachol Plata²⁾ y al *carabin* Vargas Suárez³⁾, y para tí mi cariño de siempre.

JOSE A. SILVA.

Como se ve, las palabras de Silva confirman, sin necesidad de más amplios comentarios, el desequilibrio existente entre el medio y su mentalidad. Ese desequilibrio él lo sentía y lo lamentaba. Más de una vez ensayó con firme voluntad el adaptarse, pero fué en vano. Su imaginación estaba en París. En ésa lucha, él tendría que sucumbir. De ella no fueron responsables ni la ciudad, ni el hombre.

Sea ésta la ocasión de recordar que Silva deseaba para sus poesías una de aquellas ediciones inglesas, en el estilo de las de Walter Patter, nítidas, severas y elegantes — papel blanco y tinta negra — muy distinta por cierto á la económica que conocemos, impresa en Barcelona, y que ni siquiera lleva el título que le diera el poeta. Hallándome en New York en 1902 ocupado en revisar la segunda edición que allí

¹⁾ La señora madre de Silva. ²⁾ D. Pedro Plata Uribe, llamado por sus íntimos *Ravachol* á causa de sus ideas demoleadoras. ³⁾ El doctor Jorge Vargas Suárez, entonces estudiante de medicina.

se hizo de mi libro *Tierras Lejanas*, quise cumplir con un deber de amistad para con la memoria de Silva y hacer la edición de *El Libro de Versos* según él la deseaba, á cuyo fin me dirigí á la señora madre del poeta dándole cuenta de mi intención y solicitando se me enviaran los manuscritos. En carta fechada en Bogotá el 24 de mayo de 1902, la señora Gomez de Silva me dice:

....„Mucho sentí el no haber hablado con usted antes de su viaje, respecto á su entrevista con Rivas y á la galante oferta suya de la publicación de los versos de José. Hasta ayer que vino Rivas espontaneamente á traerme todo lo que tenía en su poder, supe por él mismo que no le había entregado nada á usted, lo cual ha sido para mí una verdadera contrariedad, pues conociendo el gran cariño que tuvo usted por José y sabiendo cuán bien conoce y sabe estimar sus producciones, uno de los más grandes alicientes para mí al publicarlas es el que ésto se haga bajo su dirección, la cual me ofreció usted tan galante y desinteresadamente, y que siempre sabré agradecer”.

Circunstancias ajenas á mi voluntad y á la de la madre del poeta, impidieron, por desgracia, la realización de aquel proyecto.


Los deberes de su cargo como secretario de la legación de Colombia en Caracas; el cultivo de la poesía — allí escribió la bella oda *Al pie de la Estátua* — y el trajín de su obligada vida mundana, no le impidieron mirar á su alrededor en busca del negocio ó de la industria que, siendo nuevos en Bogotá y á fin de „librarse de la esclavitud del puesto”, pudiera establecer allí algún día. Creyó descubrir lo que necesitaba en la fabricación de baldosines de colores, industria próspera en Caracas. Tras mucho estudiarlo y consultar por cartas sobre la posibilidad de conseguir capital en Bogotá, regresó á Colombia en uso de licencia, guardándose así una

retirada para el caso de que sus proyectos no pudieran realizarse.

En la Guaira se embarcó en el vapor *Amérique* llevando consigo los manuscritos de los *Cuentos Negros*; mas ocurrió que el barco hizo naufragio al segundo día de navegación, no lejos de las costas colombianas. En el siniestro, que afectó hondamente su sistema nervioso, Silva perdió con su equipaje los originales de sus novelas cortas, que luego no tuvo ocasión de rehacer. Recogido por un velero, regresó á Caracas. „Pero ya sus ojos — escribe Pedro Emilio Coll — no parecían contemplar los mismos horizontes luminosos y hasta en su traje mismo se notaba como un desaire de las apariencias mundanas. Sus barbas descuidadas y su enflaquecido rostro, eran los de una asceta”. No había de qué extrañarse: Silva no venía de una gira de placer ni acababa de salir de casa de su sastre.

Corto tiempo despues regresó á Bogotá. Al contemplar desde la ventanilla del tren, en la distancia, los campanarios de la adusta ciudad que él había cantado en *Día de Difuntos*, seguramente no pudo dominar vaga ansiedad: qué le esperaba allí?..... Nueva vida empezó entonces para Silva. Resuelto á adaptarse al medio, que hasta ahora le había sido hostil, quizo rehacerse una mentalidad. Por lo pronto no volvió á escribir; en cambio fué predicador constante de la energía y del cultivo de la voluntad. Se hablaba poco de literatura con él, entonces. El valor de las materias primas necesarias para su industria le interesaban más que el de las ideas. Quizás era sincero, y obraba bien: él sabía que en éstos instantes jugaba una partida decisiva. En la elegante oficina que había tomado en alquiler, se trataban los negocios de la empresa. Los trabajos preparatorios comenzaron. Entre tanto,

había vencido al término de su licencia. El industrial había reemplazado al diplomático.

E vió entonces al autor de los *Nocturnos* en caballete de no mucho brío recorrer las calles de la ciudad, en dirección del sitio en donde funcionaría la nueva fábrica. Dios me perdone si todavía pienso que Silva quería así dar a entender publicamente que renegaba de Libros de Caballería y que había ya entrado al rebaño de la burguesía. El, que se había burlado de los hombres prácticos, quiso ahora ser hombre práctico y sustituir la llave de oro que hasta entonces le había abierto la puerta de un mundo donde no hay desilusiones, con la de una caja de hierro. Vano empeño! No se improvisa el hombre práctico como no se improvisa el poeta. Después de vencer no pocas dificultades, logró fabricar algunas docenas de azulejos o baldosines en colores, que se exhibieron en la oficina de la gerencia para incitar los pedidos y como muestrario de la futura producción. Jamás hubo empresario que, como él, mereciera haber conocido el éxito. Pero ya Tanit, traicionada, se aprestaba a vengarse.

Si durante el día en ésta época de su vida — la última — Silva parecía no interesarse sino en las cosas relacionadas con su negocio, en la noche, en su casa, era el mismo de otros tiempos. Secundado por su madre y por su hermana hacía los honores con aquella natural distinción que á todos allí era peculiar. Brillante causeur, zarpicaba sus relatos con citas lite-

rarias, con anécdotas picantes, con epigramas incisivos. Poseía también el don — que sólo mostraba en la intimidad — de remedar á personalidades conocidas, lo que le valió desagradados. Siempre eran cortas las horas que se pasaban con él y con su familia.

Y así llegó la mañana del domingo 23 de mayo de 1896. A la primera luz de aquel día mi pobre madre, consternada, entró á mi alcoba y me anunció que Silva acababa de matarse. Era posible? Un compromiso adquirido me había impedido ir á tomar te en su casa en la noche anterior, la del sábado. Pronto estuve en su residencia de la calle 14. Pocas personas todavía, debido á la hora matinal. Entre ellas recuerdo á don Luís Durán Umaña, grande admirador de Silva y amigo suyo y de su familia, á quien aquel dirigió de Caracas cartas que luego han sido publicadas.

Se me introdujo á su alcoba. Todavía el cadáver no había sido colocado en el ataúd. Allí estaba el poeta, á medio vestir, incorporado en al lecho, sostenido por almohadas, cubierto hasta la cintura por los cobertores, un brazo recogido sobre el pecho, el otro extendido sobre las sábanas, la cabeza de Cristo ligeramente tronchada sobre el hombro izquierdo, los ojos dilatados y los labios entre abiertos como si interrogase á la Muerte. Una paz sobrehumana había caído sobre su rostro de cera.

Ese era su cadáver: fuente ya agotada, harpa para siempre muda, árbol que no reverdecerá más cuando llegue la primavera. Todo había muerto en él? No, felizmente: quedaban unas páginas en las que había vertido su pensamiento, lo mejor de él mismo, que no moriría, ya que sus versos, al través del espacio y del tiempo, podrían despertar una emoción ó ser causa de un suspiro.

La obra poética de Silva no puede ya considerarse como del dominio exclusivo de nuestra literatura: ella es más bien patrimonio de nuestra lengua. Verdad es que ella no es considerable; pero la obra de arte no se juzga por sus dimensiones. Bastara que de Silva sobreviviera uno de sus *Nocturnos* para que al igual de los de Chenier, de Arvers y de Gutierre de Cetina, su nombre fuese digno de figurar en las antologías.

Otros poetas se complacieron en prolongar su emoción en estrofas magnificas: la musa de Silva pronunciaba en voz leda palabras graves y sugestivas; la inspiración de otros poetas al cantar el amor, por ejemplo, evoca las notas triunfales y los concertantes de Wagner: la de Silva, el piano de Chopin. No debemos confundir. El estro del poeta bogotano no fué el de Olmedo, de Bello o de Heredia; pero en la historia de la poesía, el nombre de Musset vivirá con el de Hugo, y el de Shelley con el de Byron.

El leitmotiv de su inspiración constituye su originalidad, así como el corte de su verso; y cuando su musa, contrariada, va á llenar su ánfora en la fuente de predios vecinos, el agua pierde su frescura. Así vemos que su oda á Bolívar. *Al pie de la Estatua*, carece del estro que inmortalizará la de Caro; y que el único soneto que de él conocemos: *Paisaje Tropical*, no se halla á la altura de producciones similares de muchos de nuestros poetas descriptivos. Pero si otros liricos colombianos han levantado templos de mármol y pulido estrofas en metal más duro, ninguno, salvo quizás Pombo, ha tejido arabescos con más misterioso dibujo y engarzado en la trama enigmas más profundos. Silva, como se dijo de Regnier, acomodó la poesía al ritmo de su vida. El formó sus versos de sombra de noche y de mirajes de luz, acordándolos á una actitud de mujer, á una mirada, á un sonido, á un nada sugestivo, ya que

sus mujeres no interrumpen el silencio de los mudos coloquios. El las interpreta y les arranca su secreto, como lo hace con el marfilino crucifijo, con la sortija de anticuada montura, con el viejo retablo en donde se deshace la pintura. Allí está Silva en su elemento, aquel es su huerto, en donde no crecen rosas ni laureles, sino pálidos asfodelos. Aquel es su dominio, como el de otros es el jardín antiguo, á la orilla del mar azul, en donde bajo un sol de fuego danzan centauros y ninfas. Pero la antigüedad y la mitología, ya desprestigiadas con justa razón en literatura, nada dijeron á Silva: á la flauta de Pan, él prefería el murmullo plañidero del viento al pasearse en las casas abandonadas. Esta fué su fuerza. Así consiguió dar al verso, ritmándolo de la manera que le es peculiar, una infinita melancolía y producirnos la impresión de que sus sensaciones son las nuestras al hablarnos de cosas y de emociones que nosotros conocemos como él. Pero ésto no es sino arte mágica de poeta: todos hemos visto „un reverbero viejo, un chupo y un pañal”, y pensamos que tales utensilios son los mismos inventariados en *Sus dos Mesas*. Mentira! Los del poeta son inmateriales, producto de un juego de luz, y no tienen semejanza alguna con los que conocemos. Igual acontece con las sensaciones. Tal es el sortilegio del arte. Dónde termina la ilusión? Dónde comienza la realidad? Silva mismo no lo sabía. Su vida se deslizó en una región indecisa, al márgen de la una y de la otra, á mitad quimérica, á mitad verdadera, entre los libros y los cheques de banco, sin conocer la exacta representación de ésos dos signos cabalísticos. La realidad se impuso un día, y él tuvo que morir. Como revancha de su genio, sus versos, por los que se siente pasar un soplo de la tristeza universal, prolongan su vida en una onda de armonía.....

Permitidme aqui recordaros una de sus más bellas poesias,
Muertos:

En los húmedos bosques, en otoño,
al llegar de los fríos, cuando rojas
vuelan sobre los musgos y las ramas
los torbellinos de marchitas hojas,
la niebla al extenderse en el vacío
le da al paisaje mustio un tono incierto,
y el follaje do huyó la savia ardiente
tiene un adiós para el verano muerto,


 y un color opaco y triste
 como el recuerdo borroso
 de lo que fué y ya no existe!

En los antiguos cuartos hay armarios
que en el rincón más íntimo y discreto,
de pasadas locuras y pasiones
guardan, como un aroma de secreto,
viejas cartas de amor, ya desteñidas,
que obligan a evocar tiempos mejores,
y ramilletes negros y marchitos
que son como cadáveres de flores,

 y un olor opaco y triste
 como el recuerdo borroso
 de lo que fué y ya no existe!

Y en las almas amantes, cuando piensan
en perdidos afectos y ternuras
que de la soledad de ignotos días
no vendrán a endulzar horas futuras,
hay el hondo cansancio que en la lucha
acaba de matar a los heridos,
vago como el color del bosque mustio,
como el olor de los perfumes idos;

 y el cansancio aquel es triste
 como un recuerdo borroso
 de lo que fué y ya no existe!...

ÓMO se cumplió el drama? En la noche anterior la familia de Silva recibió la visita de algunos íntimos. Durante ella José Asunción se mostró, más que de costumbre, regocijado y espiritual. Avanzada la noche aquellos se retiraron. Cuando en la mañana del domingo la vieja sirviente — descendiente de esclavos que los Diagos, antepasados de Silva, habían poseído en sus propiedades del Cauca — le llevó el te, descubrió el cadáver y dió la señal de alarma.

En un cenicero, en la alcoba, se veía gran cantidad de colillas de cigarrillo, lo que sugiere la larga agonía que precedió á la resolución fatal. El pudo exclamar al empuñar el arma homicida:

Y qué me resta ya?... Morir! La tarda
Libertadora en el portal me aguarda:
Su helado beso es ósculo de amor.
Ella me brinda el redentor nepente
Del olvido en sus labios. Oh, clemente
Segadora inmortal, á tí loor!

Ni una carta ni una palabra de adios. El arma, un viejo revolver marca Smith & Wesson, yacía sobre el lecho al alcance de su mano. La bala había traspasado el corazón. La muerte fué instantánea. Para ejecutar con facilidad su gesto, había quitado la americana, el chaleco y la camisa y había vestido su camisa de dormir, conservando el pantalón, negro á finas rayas blancas, las medias, punzó de seda — de moda entre los dandys de la época — y los zapatos charolados. En éste traje lo pusimos en el ataúd. Se ha escrito que Silva se vistió de frac para morir. Quienes tal leyenda divulgan — y muchas han sido las leyendas tejidas al rededor de su memoria — ignoran la personalidad del poeta, quien gustó

siempre, y por sobre todas las cosas, del tacto, de la *mesure* y de las actitudes discretas.

El drama que acababa de cumplirse, revelaba á los amigos de Silva el aspecto más doloroso de la tragedia: no obstante su esfuerzo por continuar la lucha, desde hacía meses él veía desquiciarse su mentira vital. El disparo que lo mató sólo fué punto final de un largo drama interior que, como sucede siempre en casos semejantes, pasó inadvertido para el público, para su familia y para sus amistades. Días antes, como se hallara en el consultorio de su buen amigo el Dr. Juan E. Manrique, quien lo trataba para combatir una verdadera ó imaginaria depresión nerviosa, Silva se hizo indicar — como de paso y sin dar importancia á su consulta — el sitio exacto del corazón. Esto corrobora que la diátesis del suicidio roía de tiempo atrás su cerebro.

Largo rato despues de mi llegada, se me comunicó que la madre del poeta nos comisionaba á don Luis Durán Umaña y á mí para practicar una visita en la oficina de José Asunción. Esa oficina, que por su decoración y mobiliario se diría la de un empresario de teatro y no la de un industrial, la conocíamos bien. En un cajón del escritorio encontramos una libreta de cheques del Banco de Bogotá. Anciosamente lo examinamos. El talón del último cheque, girado el día anterior, decía textualmente: „A favor de Guillermo Kalbreyer, florista. Un ramo de flores para la Chula \$ 4.00“. La Chula era el nombre de cariño que en la casa se daba á la hermanita menor de José Asunción, hoy la señora doña Julia Silva de Brigard. Hecho el balance sobre la misma libreta, descubrimos que el saldo disponible en el banco, alcanzaba á pocos centavos. El valor de las flores obsequiadas á su hermana, representaba todo el capital de Silva en el

día de su muerte! Quien podrá escandalizarse ya de las lágrimas que derramó el poeta sobre el cadáver de Elvira?
.....Era un medio día luminoso. Después de llenadas las formalidades de autopsia en la oficina médico-legal, situada entonces en el palacio de la Gobernación, y durante la cual los asistentes nos dispersamos en el vecino jardín, el largo cortejo siguió camino del cementerio de los suicidas, sitio maldito, situado no lejos del lugar en donde se depositaban las basuras de la ciudad. La ley civil, sometida entonces a la religiosa, lo que demuestra que la modalidad colonial perduraba en aquel tiempo, impedía dar al poeta más decente sepultura. Enterrarlo; fué la sólo concesión que los Oidores de su ciudad natal, en el año de gracia de 1896, pudieron hacer al autor de *El Libro de Versos*. Este hecho brutal pinta con elocuencia el medio y el momento en que le tocó vivir y morir a quien, como Poe, había libertado su espíritu de toda suerte de prejuicios. El uno buscó la liberación en el demonio alcohol, el otro en la bala de un revolver viejo. Ambos, y por iguales causas, cayeron vencidos en la lucha. Tal escándalo conmovió la opinión pública, tarda en sus reacciones entre nosotros. Preciso era variar de procedimientos. La revolución espiritual que ya germinaba en la juventud se acentuó con el tiempo y culminó finalmente en el triunfo de ideas de más amplia civilización. Ese triunfo vengador y pacífico — que los amigos de la libertad esperaron durante cuarenta años — permitió que el busto del autor de *El Libro de Versos* se levante hoy en uno de los más bellos jardines públicos de Bogotá y que sus cenizas fuesen trasladadas, en apoteosis, al cementerio de la ciudad, en donde ya reposan al lado de las de su familia. Ignoro si deba calificarse de inmoral el derecho que el hombre tenga de disponer de sí mismo; pero con Baudelaire

pienso que en ciertas circunstancias de la vida, el suicidio es el acto más razonable que pueda ejecutar el hombre.

La última vez que vi a Silva fué cuando el enterrador, antes de sepultarlo, levantó la tapa del ataúd para extender una capa de cal sobre su rostro. Comprendí entonces el hondo sentido de su estrofa:

...Y no se curará sino hasta el día
en que duerma a sus anchas
en una angosta sepultura fría,
lejos del mundo y de la vida loca,
en un negro ataúd de cuatro planchas
con un montón de tierra entre la boca!

FIN

Nota. Prensa de diversos países, al dar cuenta de la lectura anterior, emitieron juicios sobre la obra poética de Silva y sobre literatura colombiana en general. Entre otros periódicos, citaremos: *Atenea* (Revista de la Universidad), Concepción (Chile); *El Mercurio*, Santiago; *El Diario de la Marina*, La Habana; *El Imparcial*, Guatemala; *La Prensa*, San Antonio, (Texas); *La Opinión*, Los Angeles (California); *El Nuevo Diario*, Caracas; *El Cronista*, Tegucigalpa (Honduras); *Última Hora*, La Paz (Bolivia); *La Nación*, Buenos Aires; *El Día*, Ponce (Puerto Rico); *El Universo*, Guayaquil; *El Tiempo*, Bogotá; *Diario de Yucatán*, México; *La Mañana*, Montevideo; *El Informador*, Guadalajara (México), *Boletín de la Biblioteca Nacional*, San Salvador.

Acabó de imprimir ésta obra la editorial
„De Faam", en la ciudad de Ams-
terdam, el día primero de
diciembre de mil no-
vecientos treinta
y cinco.

